

con artículos de prensa redactados por el mismo Mahecha. Los autores prácticamente se limitan a que las fotos o los escritos periodísticos hablen por sí mismos. Sin embargo, no escapa a Yunis y Hernández la importancia de la multinacional petrolera, el peso de la actividad portuaria en la vida de Barranca y en la creación de una fuerza laboral dedicada a esa actividad.

Cuando le toca el turno a las luchas petroleras de los años veinte, de nuevo la crónica de los autores se estructura sobre las fotografías, que aquí son huellas del pasado suspendidas en el tiempo por la magia de la química. De las páginas del libro irrumpen corridas de toros, similares a las corralejas de las sabanas de Bolívar; calles que se van transformando a medida que el sensible fotógrafo imprime nuevas placas; almacenes con letreros desdibujados; cines al aire libre; orgullosos barcos de vapor y novedosos trenes y mil imágenes más que aún viven en la memoria de los barranqueños. Por supuesto que estas escenas de la vida cotidiana se acompañan con placas en donde queda plasmada la violencia con que la hegemonía conservadora respondió al estallido de rebeldía de los obreros. Como en una lenta película, se ven obreros desfilando con banderas que llevan estampados los tres ochos —8 horas de trabajo, 8 de estudio y 8 de descanso—, nutridas manifestaciones que rodeaban a los dirigentes socialistas del momento, y tomas con poses agresivas de los obreros blandiendo machetes y viejas armas de fuego.

La narración sigue y del libro brotan paralelamente retratos de otros dirigentes socialistas, y de nuevo la protesta y de nuevo el piquete de policía y el desenlace que ya conocemos, con la huelga de enero del 27.

Súbitamente el texto da un salto a la zona bananera hacia el año 28. Por supuesto que allí estaba ya Mahecha en su labor de agitación. De la masacre se dice poco, tal vez porque los autores juzgan que ya se ha dicho mucho.

Después, el libro acompaña a Mahecha en su peregrinación posterior a la derrota de las bananeras (México,

Chile, Uruguay, Portugal, Francia y la URSS). Finalmente los autores sintetizan datos biográficos de Mahecha para concluir con la cómica nota aparecida en la prensa el 27 de julio de 1940 en la que se daba cuenta de la muerte del líder socialista.

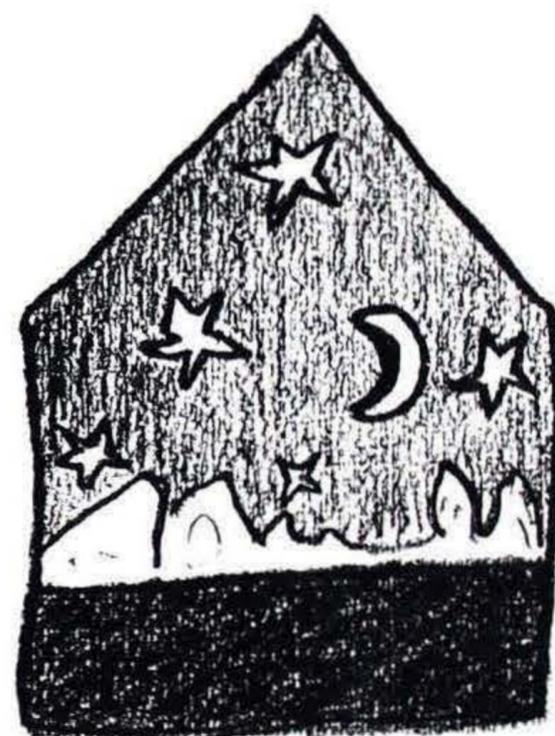
Como se ve por la sinopsis hecha, el libro de Yunis y Hernández es una desigual crónica articulada alrededor de trazos de la vida de Mahecha. Por supuesto que no es una investigación fácil la que ellos se propusieron, especialmente por la escasez de fuentes. Pero tal vez una ojeada a lo que se viene recientemente produciendo sobre historia de la clase obrera, sobre el pasado de los dirigentes socialistas y sobre sucesos de la lucha social en los años veinte y treinta, hubiera enriquecido más el texto. Incluso pensamos que lo visual se hubiera podido explotar más.

Aunque es materia de controversia entre los historiadores el papel que cumplen las biografías, en la historiografía nacional no deja de ser novedoso rescatar las vidas de dirigentes de las clases populares. En medio de la prolífica historiografía sobre presidentes, arzobispos y generales, es oxigenador encontrar biografías de María Cano y Mahecha, por ejemplo, o autobiografías como la del luchador antioqueño Gilberto Mejía. No se trata de crear nuevos héroes o santos, sino de colocar a cada quien en el sitio que ocupó en la historia. La investigación histórica debe dejar de lado el juego de buenos y malos, y estudiar a los hombres y mujeres como realmente fueron en el momento en que vivieron.

La biografía, y en ello la de Mahecha que reseñamos no es excepción, tiene sus puntos críticos: la mitificación del personaje, la inclusión acrítica de testimonios dudosos, y la pérdida de contexto por seguir cronológicamente una vida. Por ejemplo, el lector no digiere suficientemente el brusco salto que dan los autores de Barranca a la zona bananera. La historia del puerto petrolero, anunciada en el título, parece desaparecer en 1927 con el traslado de Mahecha al Magdalena. Y lo mismo sucederá con la de la zona bananera cuando Mahecha inicie su exilio.

De todas formas, los límites de una biografía no son insalvables, como Yunis y Hernández lo demuestran en este libro. A pesar de los puntos críticos, la investigación por ellos adelantada debe ser estimulada, pues nos trae nuevas voces y nuevas imágenes de un pasado siempre inagotable. De esta manera enriquecemos el conocimiento del pasado, al considerar no sólo a los vencedores sino también a los vencidos. No otra cosa se quiere decir cuando los historiadores, desde Marc Bloch hasta nuestros días, proclaman que la historia debe ser síntesis.

MAURICIO ARCHILA NEIRA



## Para prender polémicas

**Labor in Latin America (Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia)**  
Charles Bergquist  
Stanford University Press, Stanford, 1986,  
397 páginas

Charles Bergquist, historiador estadounidense ya conocido en Colombia por su libro *Café y conflicto* (1981), nos entrega su reciente trabajo comparativo sobre los movimientos laborales en algunos países latinoamericanos, entre ellos Co-

lombia. Aunque hasta el momento sólo contamos con la edición en inglés, ya una prestigiosa editorial colombiana anuncia su publicación en español.

Lo primero que llama la atención al lector del libro de Bergquist es la magnitud del trabajo emprendido: la comparación de los movimientos obreros en cuatro países. Ahora bien: no se trata de todos los movimientos laborales, sino de aquellos ligados a la economía de exportación. Esta es la medula del libro: el impacto de los trabajadores de las principales actividades exportadoras en la vida nacional de los cuatro países estudiados. De esta forma Bergquist, en una impresionante revisión de bibliografía secundaria —posible sólo si se cuenta con un magnífico sistema bibliotecario—, y con la utilización de algunas fuentes primarias —especialmente en el caso colombiano—, nos va describiendo el papel desempeñado históricamente por los petroleros venezolanos, los trabajadores de los frigoríficos en Argentina, los de las salitreras en Chile y los cafeteros en Colombia. Desde una perspectiva que combina un renovado análisis dependientista, alimentado por la sociología de Wallerstein, con los aportes de la llamada “nueva historia social”, iluminada a su vez por los historiadores ingleses, Bergquist intenta demostrar su hipótesis: los trabajadores de las actividades exportadoras constituyen el corazón de la clase obrera de cada país, y por esa vía tienen participación decisiva en las respectivas vidas nacionales.



Si la magnitud del estudio llamaba la atención, la posibilidad de comparación planteada por Bergquist causa admiración. En realidad, aunque se ha dicho continuamente que la histo-

ria, al menos desde los tiempos de Marc Bloch, debía utilizar el método comparativo, sólo pocos historiadores se han atrevido a emplearlo. El libro que comentamos demuestra que la comparación es posible y necesaria. Este éxito se logra por el punto de partida —la controvertida teoría de la existencia de un “sistema económico mundial”— y no sin el riesgo de algunas simplificaciones. Afirmaciones como las hechas en la Introducción, acerca de la relación entre control de la economía exportadora y posibles alianzas políticas —que se podría resumir en una cuasicorrelación de a mayor participación imperialista en las economías nacionales, mayor posibilidad de alianzas anticapitalistas—, son, por decir lo menos, bastante simples. La misma posibilidad real de comparación se cuestiona al considerar los distintos sectores estudiados: trabajadores cafeteros (que abarcan desde campesinos hasta casos de peonaje a deuda) y, por ejemplo, trabajadores de frigoríficos de Buenos Aires (más cercanos al clásico concepto de “proletariado”) ¿Con sectores sociales tan diferentes es posible establecer una comparación? Y, en caso de ser afirmativa la respuesta, ¿hasta dónde puede llegar esa comparación?

En realidad, Bergquist tiene su propia respuesta a las anteriores preguntas. Simplemente su concepto de ‘proletariado’ es mucho más amplio que el tradicional. El autor no sólo agrupa acertadamente a trabajadores asalariados del campo y la ciudad, sino que incluye trabajadores no asalariados que resisten a la proletarización. Por esa vía un campesino puede ser considerado como ‘proletario’, o simplemente ‘trabajador’, que es el concepto que más usa Bergquist. Aunque no hay duda de la importancia de cuestionar conceptos dogmáticamente preservados por los investigadores sociales, como el de ‘proletariado’, es posible que se haya ido no sólo un poco lejos, sino, lo que es peor, demasiado rápido. No encontramos en el voluminoso libro una justificación teórica clara de su ‘generosidad’ en la ampliación de ciertas categorías.

Ya que discutimos este punto de los trabajadores rurales, vale la pena señalar más en detalle el análisis del caso colombiano, que es el país donde más investigación de primera mano hizo el autor. El extenso capítulo dedicado a Colombia se inicia con un pobre análisis historiográfico sobre el café. Se opone una historiografía “tradicional” —que rescata la importancia del café en la vida nacional— a una “izquierdista” —que destacaría las contradicciones sociales de ese proceso—, ambas, por supuesto, consideradas incompletas por el autor. La utilidad del balance historiográfico radica en sustentar la propuesta de Bergquist: ¡hay que integrar las dos perspectivas!

A renglón seguido viene la parte más rica del capítulo. El historiador estadounidense aborda los cambios sufridos en la economía cafetera hacia los años treinta, de un predominio de la economía de hacienda al de la pequeña propiedad. Esta transformación, según el autor, repercute en los trabajadores cafeteros, pues de sentir contradicciones básicamente en la esfera productiva, pasan a sentir contradicciones en la comercialización, consecuencia de la nueva “lógica” cafetera. Por tanto, continúa Bergquist, los trabajadores cafeteros pasarán de luchas colectivas (más ligadas a la economía de hacienda) a luchas individualistas (más propias de la economía campesina). Los valores liberales individuales tienden a ser la ideología de los trabajadores cafeteros, tenazmente resistentes a la proletarización, por lo menos hasta los años cincuenta. Hasta aquí encontramos uno de los análisis más lúcidos sobre el cambio de “mentalidad” de un grupo de trabajadores. Sin embargo, Bergquist da luego un paso, consecuente con su modelo teórico, que deja mucho que desear. Con una lógica coherente se afirma que así como el café es el principal producto de exportación, y en ese sentido marca el desarrollo del país, los trabajadores cafeteros son la medula de la clase obrera y en consecuencia marcan (o “determinan”) su historia. Da la impresión de que lo lógico debe ser también histórico, y eso está por demostrarse. Por un

lado, los trabajadores cafeteros incluyen grupos sociales con distinta posición ante los medios materiales y ante la propiedad. Pensamos que es más probable que un peón cafetero de una hacienda de oriente se identifique con un trabajador ferroviario cercano, por ejemplo, que con un campesino parcelario del viejo Caldas. La dispersión geográfica también cuenta, pues no es lo mismo hablar de trabajadores de los frigoríficos o de los de las petroleras —allí funciona mejor el modelo de Bergquist— que de un grupo tan heterogéneo como los cafeteros. Si es difícil hablar de cohesión del grupo cafetero, cómo es posible postular que su “ideología”—como si fuera una sola— marca la vida de la clase obrera en su conjunto. Para el modelo de Bergquist sería mejor trabajar con un sector más homogéneo, como el portuario, por ejemplo, que a su vez está muy vinculado al auge exportador del café.

Ahora bien: es justo reconocer que la hipótesis lógica de Bergquist tiene cierto apoyo empírico. Lo sucedido en los años 30 (el intento de huelga cafetera agitada por el partido comunista y secundada por algunos trabajadores cafeteros), hace pensar en una incipiente cohesión de grupo (tal vez propia de la fase de “luchas colectivas”), y de una fuerza como grupo de presión. Una mayor investigación arrojará más luces a este debate, en el cual Bergquist se lleva el mérito de iniciarlo.

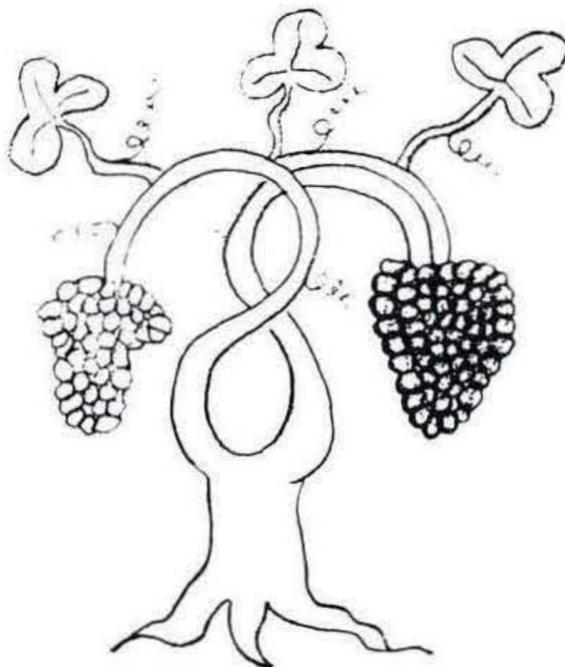
En aras de superar algunos enfoques historiográficos que han hecho carrera en nuestro medio, Charles Bergquist cae en otro igualmente cuestionable. Si con justa razón cabe criticar el “voluntarismo” de muchas explicaciones históricas —los cambios en la clase obrera serían fruto de traiciones o de aciertos de los dirigentes—, o el pesimismo institucionalista —que atribuye al Estado y las clases dominantes poderes omnímodos de tal forma que la clase obrera termina siendo manejada como una marioneta—, no por ello se debe argüir desde una visión cercana a un “determinismo” cafetero. Ya en *Café*

y *conflicto* le quedaba a uno esa idea de que el café es como el nuevo *deus ex machina* de la vida nacional. Frases como ésta abundan en el texto: “La historia del movimiento laboral colombiano obedece a una dinámica incrustada profundamente en la estructura de la economía exportadora cafetera” (Pág. 311). Que el café es importante, no hay duda; pero que lo es todo, resulta por lo menos exagerado.

Los anteriores comentarios críticos no demeritan el magnífico trabajo de síntesis emprendido cuidadosa e ingeniosamente por Bergquist. Que tal vez su modelo sea débil en el caso colombiano, no quiere decir que sea inválido. De hecho, los casos venezolano y argentino, especialmente el primero, son buenos ejemplos de la aplicabilidad del esquema teórico.

No hay duda de que este libro constituirá un punto ineludible de referencia para cualquier estudioso de los movimientos sociales en Latinoamérica. Su repercusión puede llegar a tener las proporciones de lo alcanzado por los trabajos iniciales de Gunder Frank o F. H. Cardoso, o, en el plano laboral, el de otro estadounidense, Hobart Spalding<sup>1</sup>. En ese sentido, la traducción española no es sólo plausible sino necesaria. Sólo pocos libros motivan tanta controversia, y el de Bergquist tiene indudablemente ese mérito.

MAURICIO ARCHILA NEIRA



## Testimonios de un activista culto

Mi encuentro con la Constitución

Jaime Angulo Bossa

Plaza y Janés, Bogotá, 1986, 478 páginas

Este volumen recoge una serie de escritos juveniles, de carácter eminentemente autobiográfico, del jurista cartagenero Jaime Angulo Bossa. Se trata del itinerario intelectual de un típico liberal de izquierda, que estuvo vinculado al comunismo criollo y al gaitanismo en los años cuarenta y que luego perteneció a la llamada “línea dura” del MRL en los años sesenta. Dicha trayectoria cubre el período formativo del autor, entre 1940 y 1953, y se traduce aquí en una compilación de documentos y recuerdos personales, intercalados con anotaciones recientes y agrupados en catorce capítulos denominados “estancias”. El hilo conductor de los diferentes textos es la creciente preocupación de Angulo Bossa por el constitucionalismo como discurso político privilegiado para pensar el país desde una perspectiva que bien puede calificarse de romanticismo socialdemócrata.

Los desiguales materiales reunidos por el publicista de la Universidad Libre, en efecto, se caracterizan por su tono testimonial, emotivo y autojustificatorio. Y reconstruyen la primera parte de la parábola vital de una especie endémica de la cultura colombiana: el abogado de provincia, inteligente y ambicioso, que hace una brillante carrera burocrática y se desempeña con éxito comparable en la política partidista pero que se esfuerza a la vez por aparecer como hombre de letras y académico de vocación. En tal sentido, el caso de Angulo Bossa no es único. Por el contrario, la historia de los partidos tradicionales y de las clases dirigentes

<sup>1</sup> *Organized Labor in Latin America*, Nueva York, Harper and Row, 1977. Parece que hay traducción española de este texto.